

LEOPOLDO LUGONES

La Luna Doncella en su poesía erótica

A Jean Pierre Bernes

«La pureza de tu amor
Te da el deseo de muerte.»

L. L.

Afirmaba Lugones, no sin afán de polemizar, que la rima y la emoción eran los componentes esenciales del verso moderno. Suprimir la primera, en nombre de una mayor libertad de expresión, fomentaba la anarquía, la conversión del lenguaje poético en prosa. «No hay buen poeta que no sea buen rimador», sentenciaba categórico. En la emoción veía «el objeto comunicativo» del verso, sin el cual la poesía dejaba de existir.

Es lícito imaginar que ambas premisas guiaron su labor poética. ¿Por qué razón, entonces, suele prevalecer en los versos de Lugones el aspecto formal sobre el sentimiento? Pródiga en rimas y en metros novedosos, su poesía aún consigue deslumbrarnos. Rara vez nos emociona.

Hay quienes opinan que esa incapacidad para emocionar obedece a motivos puramente literarios: estética modernista *demodée*, empleo abusivo del ingenio verbal y el artificio galante en sus poemas de amor, reiteración fatigosa del tema de la luna, en el que Lugones va sin duda más allá de lo literario para adentrarse en el complejo terreno del mito.

También sostenía Lugones que agradar era el fin supremo del verso. Sin embargo, nada más alejado de lo agradable, esa cualidad pacífica de las cosas y del alma, que una poesía cuyas imágenes y metáforas anteponen casi siempre el efecto inusitado o el énfasis declamatorio al matiz sugerente y a la persuasión cordial. Lugones no se propone agradar, sino asombrar, intimidar. En su maestría de versificador se combinan el acróbata y el esgrimista, la pirueta espectacular y, al mismo tiempo, la agresividad defensiva.

DEVOCION CABALLERESCA A LA AMADA

Es sabido el prestigio de las prácticas guerreras, deportivas y devotas en las sociedades jerarquizadas y autoritarias que admiraba el poeta en su madurez: las dos primeras son quizá correlativas con el

impulso épico y el exhibicionismo lúdico de su lenguaje. Poco o nada cristiano, Lugones sustituye la tercera por la devoción caballeresca a la amada, con su disciplina espiritual y galante encaminada a dominar el deseo sensual.

Helenista apasionado, si los héroes brillantes y promiscuos de la *Iliada* despiertan sus arrebatos bélicos, la Corte de Amor de Leonor de Aquitania, y no la de Afrodita, presidirá, a partir de *El Libro Fiel*, sus ensueños de trovador, sin renunciar por ello al mito de la luna que desde *Las Montañas del Oro* gobierna trágicamente su erotismo.

Hacia 1926 Lugones rescata ese ideal caballeresco y cortés del medioevo para oponerlo a la «bajeza sensual» de nuestro tiempo, e imagina que su restauración, por obra de los artistas, traerá consigo la vuelta a un orden en que imperen «la nobleza y la jerarquía». Tales desmesuras, al margen de sus implicaciones políticas e ideológicas, son inseparables de la estética modernista del poeta, de su propensión a los valores aristocráticos y de su anhelo por conciliar, en un plano real, sus obsesiones personales, en modo alguno ajenas al espíritu de la época. Dos de ellas, el sentido heroico de la vida y el erotismo lúgubre y represivo, corresponden a una ideología cuya praxis histórica, en los años que siguieron al suicidio del poeta, estuvo signada por el irracionalismo y la muerte.

LA LUNA DONCELLA

Aunque gran parte de la obra de Lugones responde a los valores de fuerza y soberanía, propios de la etapa olímpica y solar de la cultura griega representada por Homero, en su aspecto erótico hunde sus raíces en el mito de la luna, de origen matriarcal, con su simbolismo mágico y religioso basado en la fecundidad sagrada de la vida. Lugones, sin embargo, pareció ignorar el principio de resurrección implícito en el mito de la Triple Diosa Luna, con sus fases cíclicas, que representan la doncellez, la plenitud y la vejez de la mujer. El poeta se detiene en la primera fase o «moira» de la diosa (la Luna Doncella) y desvirtúa de ese modo la dinámica de la tríada lunar. Igualmente procede Rilke en su obra al exaltar la Persona del Padre en la Trinidad cristiana.

En esta reducción de la tríada lunar intervienen sin duda preferencias estéticas y afectivas del poeta, sensible a la gracia de las muchachas núbiles, con sus caracteres sexuales poco desarrollados. En tal sentido, su erotismo bordea lo socialmente interdicto.

Es probable que el título de «reina de las matrices» que Darío le otorga a Venus no fuese del agrado de Lugones, que veía en la fecundidad el aspecto plebeyo del amor, el vínculo animal de la mujer con la especie. A diferencia de Darío, para quien el «enigma espiritual» de la mujer es inseparable del «efluvio carnal», conjunción que alimenta su erotismo esplendente, olfativo, para Lugones ese enigma se manifiesta en la doncellez femenina incontaminada, donde el ojo avizor del poeta discierne los signos incipientes de la sexualidad. En «New Mown Hay», el poeta observa a una jovencita «de carita a la vez traviesa y boba», que se columpia en un jardín solitario: «Contiene y turba su inocencia extraña... Su corpiño, con virginal secreto, / Junto con las manzanas se hinchó este año». En el «Romance del rey de Persia» pondera sin ambages el amor de las doncellas «que florecen / En catorce años no más, / Lunas de catorce días / En su belleza cabal, / Unidas y peligrosas como la hoja de un puñal». (Obsérvese el aspecto azorante del signo Luna-Doncella en los últimos versos.)

A pesar de la prohibición, o en virtud de ella, el erotismo del poeta encuentra la forma de manifestarse mediante un subterfugio: el reemplazo de la jovencita por la «mujer niña» que conserva en su físico (también en su mentalidad) rasgos infantiles. La moda de la época, al acentuar por igual la levedad y el aire pueril de la mujer, le permite asimismo satisfacer su sensualidad visual y táctil, deleitarse con el «aéreo cosquilleo de la gasa», «el suspirante beso del tul» o «la ligera morbidez del raso», y describir, con la pericia de un experto en figurines, vestidos y accesorios de la moda femenina: «Sus ojos de terciopelo / Corresponden al modelo / De crespón leve y oscuro, / Mas los limones y tules / Sentarán cuando se lleven / Los ojos castos y azules», escribe Lugones con un conocimiento de la moda que no excluye la intención galante.

Sin embargo, una vez agotada la voluptuosidad fetichista, la prohibición y la angustia reaparecen: la doncella, cuya pureza, como lo dice en sus versos, «es vecina de la muerte», lo arrastra a un paroxismo helado y fantasmal, a una mística unión amorosa, que equivale a la extinción, a la nada en el sentido moderno del término. El erotismo en Lugones no es un aniquilamiento súbito y luminoso, sino un progresivo tránsito crepuscular, un paulatino desvanecimiento de colores lilas hacia la blanca y fría claridad lunar. En «Lied de la Eterna Ventura» los amantes navegan, «Al albor de la feliz luna llena» en un viaje *post mortem* hacia «la playa del Perfecto amor»: «Playa azul que debe ser / Tan misteriosa y tan bella / Que de cuantos fueron a ella / Nadie ha querido volver.»